

La ladrona

Era el día de la última prueba de mi traje de baile; después de tantos días de espera iba a contemplar en conjunto aquel poema, de *chiffones*¹ delicado, frágil, verdadera obra de arte, compuesta por el modisto con el mismo cuidado con que un pintor traza la figura mas importante de su cuadro.

Un traje de baile emociona siempre a la mujer. Tiene el don de rejuvenecerla con ese sentimiento de emoción sincera que se experimenta con el primer traje de cola, que ha de hacernos aparecer transformadas, casi desconocidas, ante nuestros amigos. Son esos trajes solemnes, definitivos, difíciles, en los que se juega una reputación de mujer elegante. Los modistos de París saben bien hacernos conocer la importancia, la solemnidad y la religiosidad de una elección de traje.

Para la mujer que va a París con el objeto de proveer su guardarropa, la gran ciudad es como un inmenso restaurante y un inmenso almacén donde no hubiese ninguna otra cosa en que pensar; ninguna pasión, ningún dolor, ningún trabajo: lo oculta todo el inmenso manto bordado por sus modistos.

Es preciso saber desdeñar la obra de *Gran Magazzine* y los industriales sin firma, y penetrar en las magníficas casas de los sacerdotes de la moda; aquellas en que se crean las fantasías mas atrevidas; donde acuden princesas, actrices y millonarias; donde los grandes pintores ofrecen su inspiración y los directores son semejantes a ministros de Negocios Exteriores, y suelen llevar el apellido Rosthchild o cualquier título nobiliario.

Me había aturdido un poco la visita a todas aquellas suntuosidades; sonaban en mi oído como cifras inverosímiles los millares de francos en que se marcaban los trajes de admirable sencillez, cuyo valor no estaba en los materiales, sino en la firma, en el *chic* especial con que un modisto hacía caer un pliegue o cambiar un matiz, semejante a un Wateau o un Natíer.

La elección se hacía difícil; una docena de señoritas maniquís pasaban y repasaban continuamente ante mis ojos, luciendo los primores de la inventiva del gran modisto, mientras *la primera* de almacén bacía valer el mérito de sus líneas y el mérito de sus encajes.

En mi aturdimiento confundía en una sola el tipo de todas aquellas muchachas, que encerradas todo el día en el almacén, sencillamente vestidas de negro, pálidas y cansadas, esperaban pacientes la llegada de cualquier caprichosa compradora para empezar la ímproba tarea de vestirse y desnudarse. Sus cuerpos gráciles, sus ademanes estudiados engañaban haciendo creer que aquella *toilette*

1 *Tela muy liviana*

que les sentaba tan bien y que salvaba su ademan de la excentricidad o la exageración, había de sentar lo mismo en otro cuerpo o en otro ambiente.

No eran las maniquís triunfantes que lucen los vestidos y los sombreros en las carreras, en los teatros o en los bulevares; eran las pobres muchachas a las que se procuraba igualar en talla y grosor para uniformarlas en una medida a propósito; cuerpos ligeros, a fin de obtener el ritmo y la modulación de los movimientos sin ponerlas corsé y de dar esa silueta de hombros caídos y vientre a lo Donatello que ha resucitado Drian.

Y sin embargo, para mis ojos, que profundizaban bajo sus galas, era evidente el cansancio que en alguna ocasión daba insulsez de parcha a los vestidos que les colgaban. Se me hacía clara la palidez, la anemia, el fastidio de aquellas criaturas adormiladas en un apartado ensueño, lejano a sus galas- y que me dejaban la amarga impresión de uniformidad de sus ojeras violáceas y sus labios empurpurados exageradamente, y que rompían la ilusión de su suntuosidad dejando asomar bajo todas las faldas el mismo *zapato* de terciopelo negro, demasiado usado, y las mismas medias de color kaki, A veces la quilla de un esternón o el saliente de una paetilla me apartaban penosamente de la contemplación de un bello descote.

Fue *la primera* la que me impuso el traje en lugar de elegirlo yo. El gran modisto estudió con detenimiento la figura y dictó su sentencia. Desde ese momento empezó una serie interminable de operaciones y pruebas. Primero el lienzo tosco como estameña en que se moldea el cuerpo, semejante a una mascarilla. Luego las pruebas y correcciones parciales del forro, del cuerpo, de la falda, de las cinturas..., cada cosa una oficiala distinta, que habían de armonizar luego aquel conjunto orquestal. No se cansaban de ceñir, de modelar, de arrastrarse por la alfombra redondeando el pico de serpiente de la cola, todo bajo la voz imperiosa de la maestra, que nos hablaba sin cesar del misterio de la línea sagrada.

Y al fin, aquel día el traje estaba concluido, me veía vestida ante los grandes espejos del salón, que me reproducían en mil distintos aspectos, un poco aturdida por la belleza de la combinación de la *charmeusse* rosa, que desaparecía bajo los encajes de legítimo y antiguo Chantilly, el cual prestaba la aristocracia severa de su poesía a los polícromos rococós bordados sobre el tul de seda blanco, que ponían su nota juvenil y alegre antes de ir a perderse bajo las severidades solemnes y estudiadas del negro raso liberty de la cola y el zócalo.

Me habían dejado sola, sin duda para que pudiese satisfacer mejor mi vanidad de mujer, mientras la *maestra* iba a buscar al gran modisto que había de examinarme antes de poner su firma al traje, dando en él las últimas pinceladas, como un Rafael o un Rubens que corrigiese la obra de sus discípulos.

Por la entreabierta puerta del salón veía cruzar los maniqués con sus deslumbrantes vestidos y el murmullo de las eternas y repetidas conversaciones. No era raro que de vez en cuando entrase una oficiala en el salón a buscar alguno de los trajes de pruebas anteriores, que habían quedado en los divanes. Los espejos me

retrataban sus figuras, a las que, entretenida con mi traje nuevo, apenas prestaba atención.

—¿Qué hace esa señorita?—me pregunté de repente.

Había abierto mi portamonedas, que tenía depositado sobre la chimenea, atrayendo mí atención el brillo de su espejito como una luz encendida y apagada de repente; y buscaba en él ocultándolo con su cuerpo y con las gasas que llevaba en la mano.

Me sentía desconcertada, angustiada. ¿Qué hacer? ¿Debía gritar? ¿Debía recriminar a aquella mujer? ¿De qué manera? ¿Podía tratarla como a una doncella, como a una criada infiel? ¿Denunciarla como una *ladrona vulgar*?

No. Era demasiado elegante, demasiado preciosa, demasiado delicada, exquisita bajo el ligero forro de seda negra que cubría su cuerpo como una camisa sencilla. Un forro hecho traje que la modelaba, dándole algo de serpiente, con movimientos ágiles, límpidos, desarticulados. A pesar de su acción me seguía pareciendo una señorita distinguida. Aquella mujer había tenido puesto mi propio traje, como una hermana, como una igual, y en esa reciprocidad había habido como una relación tibia de corazón a corazón.

— ¡Mademoiselle!

Se volvió rápidamente y hasta palidecieron sus labios pintados de carmín. Por un instante vaciló como si fuera a caerse, y después se quedó inmóvil, en una actitud de muñeca egipcia envuelta y ceñida dentro de su traje negro, con una luminosidad demasiado elegante. Después rompió su actitud de *entravé*² y se acercó ofreciéndome el monedero.

—Perdóneme, no diga nada; no me pierda—susurró

Mi mirada húmeda, apenada y piadosa, fue para ella una garantía. Me cogió temblorosa la mano y me dijo:

—Perdóneme, señora; perdóneme por caridad... no para los otros, para usted misma. Así como comprende usted la satisfacción de su traje nuevo que le sienta admirablemente (no lo crea adulación, es una verdad que le digo para que usted se dé cuenta de lo grato que es un traje así). Se ha mirado usted al espejo, ha pensado, sin duda, en el sitio en que llevaría ese traje... ha saboreado usted la posesión de ese vestido ¡Qué orgullo, qué juventud, qué encanto, qué nueva inteligencia añade un traje como ese! Figúrese, señora, nuestra vida. Probándome continuamente delante de todos los espejos trajes de reina, ¡Y alguno me sienta tan bien! Hay veces que al quitármelos me siento tan fea como si me hubiesen dado las viruelas, fracasada, triste. El otro día me probé un traje de *charmeuse* verde, que me dio la tentación de salir con el al bulevar. Estaría tan linda, que cambiaría mi vida, mi porvenir... me admirarían... quizá algún millonario me tomaría por esposa,.. Estos días me he sentido como muerta, como en esqueleto, triste y abatida sin ese traje... Al ver su

2 Obstaculizar

portamonedas abierto... porque usted lo ha dejado abierto, señora, he tenido un momento de desesperación y... ya lo ve usted...

Hablaba bajo y con vehemencia, pero procurando hablar despacio para que yo la entendiese bien.

Los momentos apremiaban. Mi traje de *soirée*, que tal vez sería en más de una ocasión tentación imprudente, me hacía compasiva y más generosa de lo que podía ser... Abrí mi monedero y le ofrecí un regalo.

*—Ahorre lo demás; es lo que yo he hecho...— le dije, y cuando entraron el modisto y la maestra para terminar la prueba, me volví hacia ellos sintiendo ya mustia mi alegría y ajado el brillo de mi traje de *soirée*.*

Carmen de Burgos³

3 **Carmen de Burgos y Seguí**, también conocida por el pseudónimo de **Colombine** (1867 – 1932), fue una periodista, escritora, traductora y activista de los derechos de la mujer española. Se la considera la primera periodista profesional en España y en lengua española por su condición de redactora del madrileño *Diario Universal* en 1906. Firmó también con seudónimos como *Gabriel Luna*, *Perico el de los Palotes*, *Raquel*, *Honorine* o *Marianela*.

